

DONATO

Tú has venido á indagar, á olfatear.

SALOMON

Ciertamente.

DONATO

¿Podremos hablar aquí con libertad?...

SALOMON

Sí; en mi gabinete te espero.

DONATO

Pues hasta luego. (Vase Donato.)

ESCENA XI

SALOMÓN, PELEGRÍN, BELÉN, NATALIA; después
DOÑA ELADIA.

PELEGRIN

¿Y usted no sale, amigo Salomón?

SALOMON

No.

BELEN

¿No va usted á dar un paseito?

SALOMON

Yo paseo en casa; así me ahorro calzado y
encuentros desagradables con pedigüenos.
(Suena la campanilla.) ¡Ay!

BELEN

Natalia, abre. (Vase Natalia.)

SALOMON

Prepárense; me da en la nariz que el que
ha llamado es un sablista.

BELEN

(Mirando por la puerta.) Es doña Eladia.

SALOMON

Y esa doña Eladia, ¿quién es?

PELEGRIN

Una señora respetabilísima, de ~~ilustre~~ familia de nuevo león
milia, que ha venido á menos...

SALOMON

¡Hum...! (Entra doña Eladia, señora de cuarenta
años, buena presencia y finos modales, vestida de negro
y tocada con velo de ala de mosca.)

34064

PELEGRIN

Adelante, doña Eladia. Me alegro de verla. ¿Y cómo estamos de salud?

ELADIA

¿Cómo quiere usted que esté con esta vida de sinsabores y angustias?...

SALOMON

¡Hum...!

BELEN

Siéntese, doña Eladia. (La llevan al sofá.)

ELADIA

Crean ustedes que es para mí el más violento de los sacrificios venir á molestarles... Yo no sirvo..., no sirvo para esto. Mi educación y mi dignidad me ponen una mordaza en la boca.

SALOMON

(Vivamente.) Quítese la mordaza, señora, y explíquese luego.

PELEGRIN

(Advirtiendo el asombro de doña Eladia al oír á Salomón.) Nuestro amigo don José Salomón,

que ha venido de América... Doña Eladia, puede usted hablar con confianza.

BELÉN

Aquí estamos en familia. Hable, señora.

ELADIA

Con profunda aflicción digo á ustedes, amigos queridísimos, que mi pleito no ha sido aún sentenciado en el Supremo; pero lo será favorablemente dentro de un par de semanas. Yo, Eladia de la Cerda, heredaré los bienes patrimoniales de la nobilísima casa de Alburquerque.

SALOMON

¡Hum...! (Aparte.) Malo, malo, malo.

BELEN

Tenga paciencia, doña Eladia.

PELEGRIN

Ya cobrará usted.

SALOMON

¿Y cuánto cobrará si gana el pleito?

ELADIA

Contantes y sonantes, un millón ochocientas mil pesetas.

SALOMON

Pues de antemano felicito á usted... para cuando lo gane.

PELEGRIN

Pero por de pronto, señora mía, se ve usted en una escasez vergonzosa para su clase.

ELADIA

¡Figúrese usted, mi querido Pelegrín, lo que yo estoy sufriendo!... Mis sobrinas Efigenia y Lucrecia, que cosen á máquina para traer á casa algunos recursos, están hoy sin trabajo. ¡Ay!

SALOMON

(Aparte.) ¡Hum...! Pelegrín, ya estás perdido.

PELEGRIN

Pues yo, señora doña Eladia, que como usted sabe trabajo sin descanso para mantener á esta familia, no puedo socorrerla á usted más que con la exigua cantidad de... cinco duros. (Los coge.)

ELADIA

(Con viva emoción, echándose á llorar.) ¡Ay, Pelegrín de mi vida! ¡Es usted un santo! Dios le premiará. (Enjugando las lágrimas.)

SALOMON

(Aparte.) Este hombre no tiene enmienda.

ELADIA

(Coge los cinco duros y besa la mano de Pelegrín, mojándole con sus lágrimas.) Gracias, amigo mío; es usted mi salvación.

SALOMON

(Aparte.) Ya te daría yo la salvación con una estaca. Lárgate pronto. (Doña Eladia se despide de Belén y Natalia.)

ELADIA

Adiós, amigas del alma. (Le hace una reverencia á Salomón. Suena la campanilla. Vase doña Eladia con Belén, que le acompaña hasta la puerta.)

SALOMON

Otra tenemos.

ESCENA XII

PELEGRÍN, SALOMÓN, NATALIA, BELÉN, POLONIA, mujer del pueblo, pobremente vestida, de aspecto famélico; trae una niña pequeña de la mano.

POLONIA

(Quedándose en la puerta, llorosa.) Don Pelegrín, perdone.

SALOMON

(Muy incomodado, paseándose por la estancia.) Sigue la avalancha de la mendicidad. Esto es inaguantable. (Paseándose.)

PELEGRIN

(Se pone en pie y empieza á quitarse la blusa larga.) Pase, Polonia, y dispéñseme; tengo que ir á comer con mi hija.

BELEN

¡Pobrecita! Me han dicho que hoy no ha comido nada. Pase, pase.

POLONIA

(Avanzando un poco.) No sé cómo he podido subir la escalera; vengo muerta.

PELEGRIN

Y esta criaturita, ¿también está en ayunas? Natalia, tráele una taza de caldo.

NATALIA

Y un zoquete de pan y queso para la chiquilla.

SALOMON

Caldo para la madre y pan para la chiquilla. Aprobado, aprobado. Dinero, no. ¡Ojo al Cristo! Yo le daré cinco céntimos, y nada más, nada más.

NATALIA

(Volviendo con la taza de caldo y el pan y queso para la chiquilla.) Aquí está.

POLONIA

¡Ay! ¡Dios premie las almas caritativas! (Bebe el caldo con avidez, y la chiquilla devora el pan.)

NATALIA

(A la chiquilla.) Come, rica, come; ya te traeré más.

PELEGRIN

¡Qué dolor! Es una pobre viuda que ha quedado en el mayor desamparo.

SALOMON

Yo la compadezco; debemos ser caritativos. Usted le ha dado el alimento, y no debe darle más, porque es usted tan pobre como ella. Cuando se marche, yo le daré esta perrachica. (La muestra.)

PELEGRIN

Sí, sí, pero... Diga usted, Polonia, ¿vive usted en el mismo sotabanco?...

POLONIA

Sí, señor.

BELEN

La pobrecita ha tenido que empeñar los colchones, las mantas...

SALOMON

(Aparte.) ¡Ya pareció aquello!

PELEGRIN

(En un rasgo de su habitual generosidad.) ¿En cuánto tiene usted empeñados los colchones?

POLONIA

En seis duros. (Salomón se lleva las manos á la cabeza.)

PELEGRIN

(Muy nervioso, coge un billete de cinco duros y un duro.) Tome usted, Polonia, y desempeñe en seguida esas prendas.

POLONIA

(Besando la mano de Pelegrín.) ¡Ay, don Pelegrín, Dios le dé muchas riquezas para remediar desdichas!

SALOMON

(Furioso, cogiendo á Pelegrín por la solapa, mientras Belén y Natalia acompañan á Polonia, que se va.) Venga usted aquí, dissipador incorregible. ¿Ve usted estos cinco céntimos?

PELEGRIN

Sí; son los que usted quería dar á esa pobre mujer cuando se fuera.

SALOMON

Pues ahora los guardo para dárselos á usted cuando me lo encuentre en medio de la calle en una noche fría pidiendo limosna.

ESCENA XIII

PELEGRÍN, SALOMÓN, BELÉN, NATALIA, CRUCITA;
después DONATO.

NATALIA

(Presurosa.) Papá, vámonos ya. Mientras frío las chuletas, llega la hora de comer.

SALOMON

Que le aproveche, Pelegrín, y tenga cuidado, que mi oído sutil me dice que en la escalera hay cola de pedigüeños.

CRUCITA

Hay cola, sí, de escalera arriba.

PELEGRIN

(Guardando el dinero que le queda.) Vamos, hija. ¡Ah! Se me olvidaba. Toma, Crucita, lo que me has pedido para comprarte unos pendientitos. (Le da unas pesetas.)

CRUCITA

(Cogiendo el dinero.) Mejor será que lo meta

en mi hucha, que los tiempos están malos, papá.

SALOMON

Esta chiquilla es lo mejor de la familia. (Vanse Natalia y Pelegrín por la izquierda; Belén y Crucita por la derecha.)

ESCENA XIV

SALOMÓN, DONATO

DONATO

Ya estamos solos. ¿Vamos á tu gabinete para hablar con libertad?

SALOMON

(Cerrando todas las puertas para cerciorarse de que nadie les oye.) No, aquí estamos mejor; nadie nos oye.

DONATO

Bueno. Desde que supe tu llegada á Madrid, se me metió en la cabeza que vienes con un fin policiaco.

SALOMON

Así es, y el encontrarte á ti apenas llegado me ha venido de perlas.

DONATO

¡Ah! ¡De perlas! A eso voy.

SALOMON

De perlas he dicho, porque confío en que tú me ayudarás...

DONATO

(Asustado.) ¿Yo? Yo no tengo nada que ver en eso. Como joyero establecido en Madrid hace quince años, puedo decirte que el collar de perlas robado en la Argentina, no ha sido adquirido por mí ni por ningún otro del gremio. (Sorpresa de Salomón.) No me explico tu misión policiaca, y menos que estés registrando esta pobre casa como si...

SALOMÓN

Esta casa es el centro de mis pesquisas. No por el collar de perlas, sino por las perlas desgranadas y la gran cantidad de diamantes de grandísimo valor que traigo yo en mi maleta hasta una cifra considerable. (Estupor de Donato.) No lo entiendes. ¿Verdad que no lo entiendes?

DONATO

O es un cuento de las mil y pico de noches, ó no entiendo una palabra.

SALOMON

Y el hecho de que yo traiga ese dinero en mi maleta no significa que sea un ladrón, ni menos que yo sea un personaje de esos dramas policiacos que están ahora tan en boga en los teatros de Madrid.

DONATO

Pues ahora lo entiendo menos.

SALOMON

Siéntate aquí. (Le señala la silla de Pelegrín, y registra todas las puertas á ver si están cerradas; vuelve luego junto á Donato, y se sienta frente á él.) Lo que voy á contarte es reservadísimo, y has de jurarme que quedará entre nosotros, sin que con palabras ni gestos lo dejes traslucir á esta pobre gente. ¿Me lo juras?

DONATO

No necesito jurar, ya me conoces; guardaré el secreto. Habla; lo que me cuentes que-

dará encerrado en mi corazón como en una tumba.

SALOMON

Ya sabes tú que este infeliz Pelegrín tiene un hermano en América.

DONATO

Ya lo sé: Jacobo Mendrugo, que se fué allá muy joven; yo no le conocí.

SALOMON

Se fué muy joven y trabajó en el Gran Chaco largo tiempo, criando el ganado en fincas cuya extensión se cuenta por leguas; vida errabunda, casi salvaje. Los propietarios de esos inmensos terrenos moran en barracas y visitan á caballo su hacienda.

DONATO

Ya sé: he oído referir esa vida á Damián, el tío de mi mujer.

SALOMON

Pues en veinte ó treinta años de esa existencia ruda y primitiva, Jacobo Mendrugo labró un capital considerable; y al verse rico,

creyó que el oro bastaba para presentarse ante el mundo civilizado como persona sociable digna de todos los respetos.

DONATO

De eso ya tuve yo noticia. Jacobo Mendrugo, al pasar de la vida pampera á la vida refinada de Buenos Aires, era un bárbaro sin nociones de cultura, del cual se reía todo el mundo.

SALOMON

Y lo mismo es ahora; y además de bárbaro, lo más tacaño y miserable que puedes imaginarte. Negociando en agios y combinaciones bancarias de mal género, ha multiplicado su fortuna considerablemente; y con todo ese caudal, vive en pobreza vergonzosa; él mismo compra en el mercado las escasas vituallas de que se alimenta; viste como un mendigo astroso, y no da limosna á un pobre así le fusilen.

DONATO

¿Y tú has tratado íntimamente á ese tío sórdido, antipático?

SALOMON

En los tres años que he pasado en la Ar-

gentina, he sido quizá la única persona en quien Jacobo Mendrugo ha puesto su confianza.

DONATO

¿Y te ha dado algo?

SALOMON

Nada.

DONATO

¿Cómo no socorre á este pobre hermano?

SALOMON

Espérate un poco, que aún te falta oír lo mejor del cuento. Jacobo posee en Buenos Aires una calle entera de magníficas casas.

DONATO

Y en Madrid tiene también cinco ó seis.

SALOMON

Que adquirió por pacto de retro del Marqués de los Zarzales. El tacaño Jacobo, que es muy viejo y ve próximo su fin, hizo testamento hace cuatro meses; yo fui testigo. Las casas de Buenos Aires y lo que tiene en valores públicos lo lega á tres hijos natura-

les que tuvo en la Pampa, y que son tan brutos y tacaños como él.

DONATO

(Vivamente.) Ya entiendo. Y las casas de Madrid son para este desdichado Pelegrín.

SALOMON

No; ten paciencia y espera á que te explique la misión policiaca ó fiscalizadora que yo traigo.

DONATO

Sigue.

SALOMON

Cuando decidí venir á Madrid por asuntos míos particulares, el Mendrugo terriblemente duro de allá me dió el encargo de vigilar escrupulosamente al Mendrugo tierno de acá, para ver si continuaba, pródigo y manirroto, derramando su dinero entre los desvergonzados y holgazanes, ó se había corregido de estos graves defectos, apretando el puño y guardando bajo cien llaves el oro, la plata y el cobre. Hizome este encargo don Jacobo con extraordinaria solemnidad, encerrado conmigo en el miserable aposento donde mora. Hablaba con intensa emoción,

que jamás había yo visto en él. Inspirado y casi elocuente, se dejó decir que lo que el vulgo llama tacañería es la religión del egoísmo, y que la razón madre de todas las razones es yo, yo y siempre yo.

DONATO

¡Valiente bruto!

SALOMON

Dijo también que en su familia no consentía ningún pródigo, y que si Pelegrín lo era, lo repudiaba, lo maldecía, y no le tenía lástima así le viera morir de hambre.

DONATO

Tremendo es el hombre. Como ese hay muchos aquí y en todas partes.

SALOMON

A esa primera conferencia siguió otra, en que me encargó vigilara muy de cerca á Pelegrín. Ya ves que para desempeñar ese encargo me instalo en la propia casa del Mendrugo tierno.

DONATO

Y que cumples tu misión como el cómico más perfecto. ¿Y vas ganando algo por esto?

SALOMON

Sí. Dos días después de lo que te he contado me otorgó un poder en regla para que yo venda en Madrid las cinco casas de la calle Velázquez, y que el importe de ellas, reservando diez mil duros para mí, lo entregase á Pelegrín, siempre y cuando, fíjate, Donato: siempre y cuando que el Mendrugo tierno hubiese entrado por el aro de la sordidez y de la dureza de corazón. Como ves, es para mí un caso de conciencia obedecer lo que me ha mandado Jacobo Mendrugo.

DONATO

¿Y qué prueba has de dar á Jacobo de que su hermano se ha corregido? Porque es evidente que ya no se puede corregir.

SALOMON

Pues precisamente para eso cuento con que me ayudes. Tú, que le das trabajo á este hombre y que tienes tanta influencia sobre él,

trata de inducirle á que haga actos de tacañería en los cuales pueda yo fundar la donación. Si tú me ayudas en esto, partiré contigo los diez mil duros que me corresponden por esta comisión.

DONATO

Estamos conformes; yo veré si puedo...

SALOMON

El caso es que yo pueda poner á don Jacobo un cablegrama que diga: «Pelegrín ha dejado morir de hambre á sus hijos por no gastar dos reales en gallineja.»

DONATO

¿Y por qué no pones ese telegrama ú otro semejante aunque no sea verdad?

SALOMON

No puedo mentir. Ya conoces mi carácter; soy de una rectitud inflexible. Además, don Jacobo es muy ladino y se enteraría de mi engaño. No; eso no puede ser.

ESCENA XV

LOS MISMOS.—PELEGRÍN, que vuelve de comer en casa de su hija Natalia; después BELÉN y CRUCITA.

PELEGRIN

Ya estoy aquí otra vez.

SALOMÓN

¿Y qué tal? ¿Ha comido usted bien?

PELEGRIN

Regular.

SALOMÓN

Pues aquí no hemos comido todavía. Señora Belén: ese cocido, ¿no está?

BELÉN

Está; pero espero á Crucita con el pan.
(Entra Crucita con la cesta vacía.—Belén, registrando la cesta.) El pan, ¿dónde está?

CRUCITA

(Candorosa.) Mamá, no me riñas.

BELÉN

(Incomodada.) Pero ¿qué has hecho del pan?

CRUCITA

No me riñas, mamá. Se lo he dado á unos niños abandonados que iban llorando por la calle, porque su madrastra, que es muy mala, los echó de casa sin darles de comer. Además, les dí treinta céntimos que me habían quedado.

BELÉN

(Furiosa, queriendo pegarle.) Bribona, ¿por qué no se lo diste de lo que tienes en tu hucha?

CRUCITA

Porque tenía que venir á casa para romperla y sacar el dinero.

PELEGRIN

(Echando mano al bolsillo.) Toma, hija, para que traigas el pan otra vez. (Alelado, al ver que sus bolsillos están vacíos.) ¡Ay! No me queda nada.

DONATO

Pero qué, ¿ha gastado usted ya todo lo que le traje esta mañana?

PELEGRIN

(Aturdido.) Por lo visto, sí; al subir me acometieron en la escalera...

SALOMON

(Fingiéndose colérico, saca dinero de su bolsillo.) Toma, Crucita, para que traigas el pan otra vez. Has hecho bien en no romper tu hucha. Donato, ven conmigo. (Aparte á Donato, al salir.) ¿Lo ves? Este Pelegrín no tiene enmienda.

DONATO

No la tiene, no.

SALOMON

No hay salvación para esta familia.

Telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO